

reinante, resolvió á maravilla este problema insoluble. Era un príncipe restaurado por gracia del graciosísimo Talleyrand y por obra del reaccionario Congreso de Viena. Habia pasado sus mocedades en París; y apénas erigido de nuevo su trono y en él reinstalado, volvióse del estrecho peñoncillo á la gran ciudad. En veinticinco años de reinado sólo fué tres veces, y por pocos días, á su reino. Vivir en París con la categoría de rey en activo servicio, no es cosa tan hacendera ni tan barata. Para procurarse las rentas necesarias á la empresa, Honorato V, que así nuestro héroe se llamaba, montó una máquina feudal en que prensaba de todas maneras á sus feudatarios y les hacía sudar oro. ¡Cuánto los prensaría cuando soltaron en veinte años seis mil pobres campesinos, veinticinco millones de reales sólo para su príncipe! A este fin se erigió director de colegio, mandando que todos los monaqueses enviáran sus hijos al Instituto de su fundacion, y prohibiendo enseñar hasta la doctrina á maestros que no fueran sus maestros; y se hizo proveedor de harinas, mandando que ningun monaqués ni extranjero, residente en Monaco, pudieran comer otro pan que el pan de su príncipe. Así el propietario no tenía facultad de sembrar sus tierras ni hacer su molienda, y por ende, no podia ni cosechar trigo ni almacenar harinas. Veía el hondo surco abier-

to, de donde en otro tiempo brotáran las ubérrimas espigas y no le era dado fecundarlo con el sudor del trabajo, más pródigo que la lluvia del cielo. Ricos y pobres, sanos y enfermos estaban condenados, bajo las más severas penas, á comer el mismo pan, el pan de su Alteza Real, amasado con harinas de desecho, harinas averiadas, indigestas, que á bajo precio se compraban en Marsella y Génova para empedrar materialmente el estómago de las pobres gentes dotadas por las gracias de Talleyrand y por las obras del Congreso vienense, de todo un Honorato V, de un señor que, sin duda, no se merecian. Los jornaleros de los alrededores dejaban, si iban á Monaco, el pan á la puerta. Los caminantes se veían registrados, al llegar, escrupulosamente, por si llevaban trasconejado algun bocadillo, algun residuo de su merienda. El capitan de barco que aportaba con galleta, debia pagar unas veces cien duros de multa, y perder otras veces su embarcacion, de Real órden confiscada. Y lo que hacía con los cereales el Príncipe hacía tambien con los ganados. No vinculaba en sí la exclusiva de cultivo y venta, pero imponia á cada cabeza un tributo enorme. Y para evitar las ocultaciones exigia que el nacimiento de las reses y su muerte constasen oficialmente en papel sellado por los públicos escribanos. Así, carneros, bueyes, cer-

dos, tenían, como mortales, partidas de nacimiento y partidas de defunción. Hasta los árboles ostentaban su número y su nombre. Los pleitos eran innumerables. Pero todos iban á París, donde el Príncipe y su abogado los decidían á su arbitrio. Sentencias dadas con todas estas garantías de acierto se elevaban á definitivas é inapelables. La justicia, el pan del alma, se repartía como el pan del cuerpo, poco más ó menos. Todas estas cosas se le ocurrieron á Honorato V para explotar á sus súbditos y vivir en París. Pero no se le ocurrió nunca convertir su reino en una casa de juego. Tal ingeniosísima idea nació en nuestros tiempos. Hoy Monaco es un casino regio donde se ejercen día y noche la ruleta, el monte, el treinta y cuarenta, y demas juegos prohibidos. Su corona espléndida, su bandera blanca, sus armas y sus escudos, sus magistrados y su ejército, sirven para escudar un garito. ¡ Oh, peñon predestinado de antiguo á la infamia! ¿ No eras mucho más noble cuando cobijabas un nido de piratas? M. Blanc, empresario del casino, provee á los gastos excesivos que exige el mantenimiento de este inmenso Imperio.

Y no cabe escudar la enormidad del hecho con la pequeñez del reino. De breves territorios han brotado grandes hombres y grandes cosas. Todas las ciudades griegas, cunas sagradas de los anti-

guos filósofos, eran ciudadillas que engendraban los dioses del pensamiento porque tenían abiertos á su mirada los cielos del espíritu. Y lo mismo sucedía con las modernas ciudades italianas y suizas. Pisa contaba un pequeño territorio; pero la libertad le daba todo el mar, y la lucha con los vientos y las olas sus arranques de heroísmo y sus inspiraciones artísticas. Siena, apartada en sus colinas, no podría llamarse vasta; pero en las asambleas tempestuosas de su democracia brotaban los genios que debían embellecerla con sus obras y transmitir de gente en gente su nombre inmortal á los siglos. Cuanto más pequeña era Florencia tenía más concentrado su calor vital sobre aquel nido de las inspiraciones y de las ideas. Ginebra estaba encerrada entre cuatro muros, y su estrechez no le importó para educar á Calvino y parir á Rousseau. Un barrio, nada más que un barrio de Génova se necesitó para cuna y para escuela de Colon, cuyo nombre no había de caber en el mundo. En todos estos reducidos espacios se agitó una democracia, miéntras que en los peñascos de Monaco se posó el feudalismo. La historia del mundo será siempre la historia de la libertad.

¡ Y qué hermoso el territorio de Monaco! Baste decir que se eleva á las orillas del Mediterráneo; de ese mar espléndido semejante á un pe-

dazo de cielo caído sobre la tierra, el cual ya se oscurece en verde profundo como inmensa esmeralda, ya se aclara en blanco perla jaspeado de rosa como gigantesco ópalo; mar, cuyas aguas, sensibles á todos los cambiantes de la luz y á todos los giros del aire, os ofrecen de día reflejos incomparables del sol, y por la noche, ó el rielar de la luna en las ondas, ó las cintas de sus fosfóricas estelas; obligándoos de continuo á contemplar la brillante inmensidad, á respirar las frescas brisas, á oír los misteriosos rumores, con olvido tan grande del mundo y de vosotros mismos, que llegais hasta el místico éxtasis en aquella vision de lo infinito, capaz de seduciros, como una sirena, con su sonrisa, sin abrumaros, como el Océano, con su grandeza. El aire es purísimo, el cielo espléndido, la luz viva, el clima dulce, la temperatura agradable; del Norte abrigada por altos desfiladeros y de los excesivos calores libre por las continuas brisas. En el mar engarzado se eleva á setenta metros de altura el pintoresco peñon de Monaco, sobre cuya cima campear, destacándose en el claro horizonte y apiñados como para no caerse en las aguas desde aquella eminencia, palacios, casas, iglesias, baluartes, cuarteles, castillos con sus correspondientes aspilleras y sus muros ceñidos de caprichosa crestería, realizados todos por los juegos de la luz verdaderamente

mágica aún para ojos acostumbrados á la luz de Andalucía, de Madrid y de Valencia. Luégo, por las laderas del peñasco, en jardines difícilmente colgados sobre los abismos, entre ferruginosos riscos que el sol unas veces ha bruñido como si fueran de oro y que otras veces su propia naturaleza mineral ha cubierto de colores violáceos y purpurinos, se elevan las plantas gratas á cuantos en el Mediodía se han criado, consagradas por el arte, pintorescas y várias y multiformes: la adelfa con sus claras hojas y sus encendidas flores; las palmas que vibran y cantan al beso de las brisas; el oloroso mirto, que parece, cuando florido, nevado; los olivos de extraña magnitud casi ceñidos con los limoneros cargados de áureos frutos; el rojo granado junto á la oscura encina; los naranjales y las virgilianas hayas; el áloe con sus gigantescos candeleros y el nopal con sus espinosas pencas; alfombras de geranios; senderos de rosas y azucenas; el terebinto y el sauce; los laureles y los arbustos de la pimienta; toda esa vegetacion meridional con aires del Oriente, que ofrece á la vista el recorte y los festones de sus hojas, al paladar el sabor de sus frutos, al olfato el aroma de sus flores, á todo nuestro sér indescriptibles encantos y hondas impresiones, estrechando fuertemente con sus lazos las relaciones que existen entre la naturaleza y el espíritu, embebido

por la admiración en aquellos grandes effluvios de vida, como en el agua los peces, como en los aromas y en las esencias y en los colores las mariposas y las abejas, como en la luz y en los aires las canoras alondras.

Pero lo extraño allí es Monte-Carlo, otra eminencia unida á Monaco por la calzada de la Condamina, que tiene de larga un kilómetro. En lo alto se alza rectangular plaza limitada de un lado por olivares que al pié de los Alpes marítimos se pierden, y de otro lado por la inmensa superficie del celeste mar. En este valle, cortado á manera de anfiteatro, y cuyas montañas ofrecen por doquier admirable vegetación, entre los bosques y las olas, al risueño borde de tranquila ensenada, se descubren fondas, cafés, casinos con grandes peristilos, tiendas preciosas, exposiciones de artes, salones de lectura y recreo, tiros de pistola, teatros, fuentes monumentales, terrazas interminables, pajareras llenas de aves, cascadas deslizándose entre plantas del trópico, surtidores saliendo en cristalinas columnas, escaleras y galerías de mármol que bajan hasta el mismo mar, y que contienen verdaderos jardines del Oriente con sus innumerables flores y sus grupos de gallardas palmas. ¿No es verdad que esta naturaleza convida al bien y á la paz? ¿No es verdad que en su seno sólo quisierais ver algun idilio ó escuchar alguna so-

nata de esas que parecen el aleteo de angélicas almas en los oídos arrobados? Cuando escuchais la sinfonía que Rossini ha puesto, como un pórtico inmortal, á su gloriosa epopeya helvética, sentis el arte recogiendo en sus alas todo cuanto hay de hermoso y divino en la naturaleza, el susurro del viento en los bosques, el choque de la lluvia en el lago, el rodar de la catarata entre las breñas, el cántico del pastor que conduce al establo las vacas, el *hossanna* á Dios creador y el himno á la creadora libertad.

¿Y cómo en la naturaleza de Monaco se refugió el demonio del juego? ¡Qué cuadro! La desconfianza se dibuja en todos los actos de la vida y en todas las escenas de esta tragicomedia. No esperéis que os den cosa alguna á crédito. Aun no habeis acabado de comer, y aunque tengais albergue en la fonda clásica y depositado allí un equipaje, garantía material de vuestro pago, vienen los mozos con su cepillo á pedirnos ántes de los postres el precio de la comida. Quanto consumís, tanto pagais en el acto. Se ve que todo el mundo teme veros salir sin un cuarto. Los tipos que encontrais á vuestro paso os llaman poderosamente la atención, por lo preocupados y por lo embebecidos que andan en sus cálculos y en sus cavilaciones. Yo me encuentro de tal manera fuera de mí, que no puedo ver rodar una moneda sin creer que es la

última á que un desgraciado libra su fortuna, ú oír un tiro sin imaginar que es el tiro de algun suicidio. El tren de Niza vomita todos los dias sobre esta playa desgraciadas mujeres que husmean los favorecidos por la fortuna y los circundan de una placentera córte. El vagabundo solitario, de seguro ha perdido. Yo me figuro que todos estos jugadores respiran mal, que la involuntaria retencion del aliento entre la puesta y la suerte les destroza el pecho. Muchas tísis del alma y muchas tísis del pulmon se habrán contraído en estos sitios. Lo más terrible que en ellos encuentro es considerar cómo la dicha de unos, depende ¡ ay! de la desdicha de otros. No se devoran los peces en el fondo de los mares como se devoran entre sí estos infelices en sus combates por la fortuna dentro de los infernales círculos del juego.

El salon está revestido de lujo oriental y, sin embargo, parece tétrico; está iluminado de brillantísima iluminacion y, sin embargo, parece oscuro, como si lo ennegrecieran los pensamientos y las sombras que se escapan de las almas. La próspera direccion ha puesto en grande salon vecino una orquesta para divertir gratis los ocios de aquellos que no juegan; y es casi imposible imaginar cuán terribles son los contrastes entre las cadencias de la orquesta y el girar de la ruleta. El banquero truena al medio de la mesa manejando una

especie de cetro con que distribuye el dinero. A sus espaldas, otro, en silla más elevada, fiscaliza sus operaciones; y frente á frente de estos dos se ven otros dos en análogo sitio y situacion desempeñando idéntico ministerio. Gran número de jugadores se sientan á la mesa; otro gran número se agolpa de pié á sus espaldas. Gruesas cantidades de oro en monedas mayores que la de uso corriente, resmas de billetes franceses, paquetillos lacrados de mil francos se extienden en grandes montones por todas partes. Extraña impresion producen el dinero que allí suena; el siniestro giro de la bola de marfil que entre los números rueda; las exclamaciones várias y los continuos cuchicheos; las errantes y expresivas miradas revelando afectos diversos; las ganancias de los unos á expensas de la ruina de los otros; el tinte moral, que sobre todos se refleja, semejante á un ocaso de la humana conciencia.

Lo más horrible es ver mujeres hermosas, jóvenes, de aire distinguido, de excelentes maneras, confundidas con todo el deshecho y rebuja de la sociedad, y pendientes de aquella bola y de aquel número fatales como de un casto y correspondido amor. La sombra añadida á la sombra no importa nada, como el cero sumado al cero; mas la sombra sobre el astro priva de luz y entristece así la vista como el ánimo. Sobre la fren-

te de la mujer el mal se ennegrece con más profundas y oscuras tintas que sobre la frente del hombre. Quien cae de más alto se destroza más terriblemente. Adán, del Paraíso pasó á la tierra; pero Luzbel pasó de los cielos al infierno. La sociedad humana exige más pureza y más virtud de la mujer que del hombre; y la sociedad humana tiene razón, como la tiene siempre en todos esos sentimientos universales cuya duración se confunde con el origen y el curso de los siglos. Terrible cosa es ver la pobre mujer de mundo, halagiueña con el afortunado, incitándole á disipar en la orgía el oro allegado en el juego; pero más terrible aún, más repugnante es ver á la esposa casta, á la madre próspera, á la joven llamada á fundar una familia, ó porque el hastío la sobrecoge, ó porque la necesidad la apremia, ó porque el vicio la seduce, en medio de todos los desórdenes, soltando sobre un tapete el oro que debía reservar para las economías de la casa, para la educación de los hijos, para las expansiones de la caridad necesarias á la ternura de sus verdaderos sentimientos, á la delicadeza de su buen natural, á la exaltación de su apasionado carácter. Dígase lo que se quiera, la criatura humana tiene en todos los laberintos y minuciosidades de la vida un medio de orientarse: mirar á la conciencia en cuyo fondo está Dios, como en el fondo de los in-

menos espacios la luz y lo infinito. Pregúntele cada una de esas damas á su conciencia, y veremos si le contesta que la musa del arte, la sacerdotisa del hogar, la diosa del amor, vírgen ó madre, á cuya virtud fia el mundo la legitimidad de la familia y la educación del género humano, puede rebajarse más en una casa de prostitución que en una casa de juego. Terrible calamidad la desenfrenada pasión de jugar. Entregándose el hombre á los azares de la suerte, rindiendo culto al implacable destino, suprime la libertad moral; y siempre que suprimais la libertad, habréis suprimido nuestra naturaleza y levantado en su lugar el demonio del mal. ¡ Oh ! ¡ Maldito sea mil veces el juego que sustituye el azar á la libertad y la confianza en la fortuna á la confianza en el trabajo !